

Editorial

Atisbos del futuro

Manuel Quijano Narezo

Y bien, ya estamos aquí, en el nuevo siglo y en el nuevo milenio. Sin necesidad de invitación alguna, nos ponemos todos a desear y a imaginar, a delinear qué es lo que queremos para el futuro; no sólo el propio, sino en el de nuestra ciencia, de nuestra profesión y de nuestro país. Sin consultar más adelante, descubro el consenso: alto al crecimiento demográfico, a la desnutrición, a la deserción escolar, todo lo cual provoca ignorancia; a la superstición, a la intolerancia, a la corrupción y la impunidad, a la baja productividad, porque todo ello provoca pobreza... Y en el plano superior, de gobierno, de promesas electorales, de acciones de la oposición, lo que deseamos es congruencia, racionalidad, honestidad, y que lo que un día se define de alguna manera, no se contradiga al siguiente, que lo que afirma mi vecino de la izquierda no se cambie cuando se sitúa a mi derecha; que lo que se llama moderno, nacionalista o democrático, no se convierta en propio de una fracción de la comunidad, así sea la marginada, la miserable o la indígena.

Un ejemplo triste y vigente es esa demanda de “democratización de la Universidad” haciéndola popular, sin exigencias para el ingreso o la permanencia en ella, con debilitamiento de la evaluación, al mismo tiempo que se piden altos niveles académicos. O que cuando se pretenda ejercer el derecho de manifestación personal o de grupo, se lesione el derecho de muchos otros a la circulación, o que cuando alguien se queje de represión, olvide que fue motivada por la provocación del quejoso.

Pero volvamos a nuestros sueños, o mejor a nuestros augurios. El consenso dice que lo primero que debemos ser es ciudadanos verdaderos, hombres libres, congruentes y racionales; orgullosos de nosotros mismos y, secundariamente, de ser mexicanos, médicos, modernos y de tal o cual procedencia. Que como seres humanos debemos vivir juntos, con las otras nacionalidades, culturas, profesiones, procedencias, capacidades, educación y situación económica y social. Que somos capaces de disentir en algunos aspectos pero respetamos los derechos de los otros, que no tratamos de imponer una voluntad o una creencia, que no insultamos o condenamos a los que no piensan igual, ni nos sentimos insultados por ellos. Que no creemos en utopías de eterna felicidad pero sí en el progreso, de nuestra comunidad, del país, de nuestra ciencia y nuestra profesión.

La medicina utiliza el método racional que enseñó Descartes, el determinismo de Claudio Bernard, la exigencia de lo objetivo de las ciencias físicas, y buscamos tanto en el diagnóstico como en los procedimientos curativos, preventivos o rehabilitatorios, la mayor concordancia entre lo que creemos y lo que efectivamente es la realidad. Para el médico la Razón

y la Verdad (así con mayúscula) tienen la misma validez. La razón no es algo producto de los estudios o la experiencia: es un proceder crítico que sirve para organizar la información, para aceptar ciertas ideas y descartar otras, ayuda a vincular los conceptos y a obtener una armonía interior.

Hay tipos variados de veracidad a los cuales puede aspirarse según el campo de realidad que se intenta conocer. El grado de veracidad necesaria o suficiente en un campo es imposible de alcanzar en otro y es perjudicial exigirla: en matemáticas se pide exactitud en los cálculos, rigor que sería inútil demandar en cuestiones éticas o políticas.

Las opiniones son variadas; no todas, claro está, igualmente válidas, porque eso nos obliga a jerarquizar, a aceptar y potenciar las más adecuadas y a desechar las erróneas o dañinas. Tener una opinión no es poseer algo en propiedad, es ofrecerla para ser debatida. Así se procede todos los días en Medicina: la opinión más válida es la que tiene mejores argumentos y que resiste la prueba de fuego del debate.

En el próximo siglo se plantearán dilemas éticos hasta ahora inéditos. La ciencia y la tecnología han permitido ya avances y descubrimientos que parecían imposibles: hurgar en la función de las diversas áreas del cerebro mediante el registro de la distribución de positrones, abrir y cerrar el corazón, suprimir temporalmente su función y la de los pulmones, definir la muerte cerebral, conservar y utilizar órganos de cadáver para suplantar los enfermos en un vivo... pero todo ello ha traído también cuestionamientos éticos y morales... y responsabilidad. Primariamente al diseñarlos, luego al realizarlos, repetirlos y modificarlos, y después al proponerlos y explicarlos a los familiares. Y por último al informarlos a la comunidad científica.

Hay ya casos específicos de dilema moral como en las nuevas técnicas de reproducción, en la suspensión de medidas de sostenimiento artificial de la vida, en lo que se llama el “suicidio asistido” que piden los enfermos terminales y dentro de poco se sumarán las acciones para modificar los genes, utilizar genes extraños para cambiar la fisiología de una persona, evitar anomalías congénitas y muchos otros. Dice el Dr. James Watson que anteriormente se creía que el destino estaba escrito y determinado por los astros, pero ahora “se sabe que está escrito y determinado por nuestros genes”. La ingeniería genética y la posibilidad no remota de la clonación en humanos —en circunstancias determinadas—, no convierten al científico en Dios, pero sí “casi en un sustituto”.

10 de noviembre 1999